

jadoras deferencias con la corte consular; Carlos IV se apresuró á anunciar al primer cónsul, como á un soberano amigo, el doble enlace de sus hijos; éste contestó con igual premura y con el tono de la más franca cordialidad. Atento siempre á los intereses de monta, quiso aprovechar aquella coyuntura para mejorar las relaciones comerciales de ambos países. No había podido conseguir la introducción de nuestros algodones, porque el gobierno de Carlos IV quería proteger por todos los medios posibles la naciente industria de Cataluña; pero había logrado se restableciesen las ventajas concedidas en otro tiempo por la Península á la mayor parte de nuestros productos. Habíase dedicado sobre todo á conseguir un objeto de grande importancia á sus ojos, cual era la introducción en Francia de la hermosa raza de ganado lanar español. Ya anteriormente la Convención nacional había tenido la feliz idea de incluir en el tratado de Basilea un artículo secreto, por el cual se obligaba la España á dejar salir, durante cinco años, mil ovejas y mil carneros merinos cada año, con cincuenta caballos padres y ciento cincuenta yeguas andaluzas. En medio de los trastornos de aquella época, jamás se compraron ni un carnero ni un solo caballo. El ministro del Interior, por orden del primer cónsul, acababa de enviar agentes á la Península con encargo de ejecutar en un solo año lo que hubiera debido hacerse en cinco; pero la administración española, siempre celosa de la posesión exclusiva de aquellos hermosos animales, se negaba obstinadamente á lo que se le pedía, y alegaba como excusa la gran mortandad de los años precedentes. Había, sin embargo, siete millones de carneros merinos en España, y no podía ser difícil hacerse con unos cinco ó seis mil de estos animales. Después de una gran resistencia, accedió el gobierno español á los deseos del primer cónsul, entorpeciendo, no obstante, en cuanto le fué posible su cumplimiento. Volvían así á ser enteramente amistosas las relaciones entre las dos cortes. El general Beurnonville, destinado recientemente de embajador á Berlín, acababa de dejar esta residencia para trasladarse á Madrid, pues fué llamado á las fiestas de familia dadas en Barcelona.

La seguridad de la navegación en el Mediterráneo ocupaba la solicitud del primer cónsul de una manera enteramente particular. El bey de Argel, mal aconsejado, había cometido el error de tratar á la Francia como trataba á las potencias cristianas de segundo orden. Fueron apresados por disposición suya dos buques franceses y conducidos á Argel; uno de nuestros oficiales había sido insultado en la rada de Túnez por un oficial argelino; toda la tripulación de una nave, encallada en la costa de Africa, permanecía aprisionada por los arabes; la pesca del coral se hallaba interrumpida; finalmente, un barco napolitano acababa de ser capturado por unos corsarios africanos en las aguas de las islas de Hyeres. Interpelado sobre estos puntos el gobierno argelino, osó pedir para hacer justicia á la Francia un tributo semejante al que le pagaban la España y los Estados de Italia. Indignado el primer cónsul, despachó al instante á un oficial de su palacio, Hullín, con una carta para el bey. Recordábase esta carta que él había destruído el imperio de los mamelucos; anunciábase la expedición de una escuadra y un ejército, y le amenazaba con conquistar toda la costa de Africa si no solta-

ba inmediatamente á los franceses é italianos detenidos y las naves capturadas, y si no le prometía formalmente respetar en lo sucesivo los pabellones de Francia y de Italia. «Dios ha decidido, le decía, que todos los que se muestran injustos conmigo sean castigados. Yo destruiré vuestra ciudad y puerto, me apoderaré de vuestras cosas si no respetáis á la Francia donde soy jefe y á la Italia donde mando.» Pensaba, en efecto, el primer cónsul ejecutar cuanto decía, por cuanto había hecho ya la observación de que el Norte del Africa era tierra de gran fertilidad, y podría ser ventajosamente cultivada por brazos europeos en vez de servir de guarida á piratas. Partieron de Tolón tres navíos, dos de los cuales quedaron fondeados, y otros cinco recibieron orden de pasar del Océano al Mediterráneo. Pero todas estas disposiciones fueron inútiles; el bey, viendo con qué potencia se las había, se prosternó en breve á los pies del vencedor de Egipto, soltó todos los prisioneros cristianos que tenía, los buques napolitanos y franceses apresados, pronunció sentencia de muerte contra los agentes que les habían ofendido, y sólo les concedió la vida después que el ministro de Francia solicitó ahincadamente su perdón. Restableció la pesca del coral, y prometió un respeto igual y absoluto á los pabellones francés é italiano.

Gozaba la Italia de suma tranquilidad. La nueva república italiana empezaba á organizarse bajo la dirección del presidente que había elegido, el cual refrenaba con su poderosa autoridad los desordenados movimientos á que está siempre expuesto un Estado nuevo y republicano. Habíase decidido por fin el primer cónsul á reunir oficialmente la isla de Elba y el Piamonte con la Francia. La isla de Elba, trocada con el rey de Etruria por el principado de Piombino, obtenido de la corte de Nápoles, acababa de ser evacuada por los ingleses, y fué al punto declarada parte del territorio francés. La reunión del Piamonte, verificada de hecho de casi dos años atrás, olvidada por la Inglaterra durante las negociaciones de Amiéns y admitida por la Rusia misma que se limitaba á pedir una indemnización cualquiera para la casa de Cerdeña, era tolerada por todas las cortes como una necesidad inevitable. La Prusia y el Austria estaban dispuestas á confirmarla con su adhesión, siempre que se les prometiera una buena parte en la distribución de los Estados eclesiásticos. Así, pues, la reunión del Piamonte pronunciada oficialmente por un senado-consulta orgánico de 24 fructidor (11 septiembre de 1802), ni sorprendió á nadie, ni fué un verdadero acontecimiento. Por otra parte, la vacante del ducado de Parma era una esperanza que quedaba á todos los intereses perjudicados en Italia. La hermosa región del Piamonte fué dividida en seis departamentos: el Po, el Doira, Marengo, el Sesia, el Esturia y el Tánaro, y debía enviar diez y siete diputados al cuerpo legislativo. Se declaró á Turín una de las grandes ciudades de la república; éste era el primer paso dado por Napoleón fuera de los llamados límites de la Francia, es decir, más allá del Rhin, de los Alpes y de los Pirineos. A los ojos de los gabinetes de Europa, al juzgar al menos por su conducta ordinaria, un engrandecimiento no es jamás un yerro; los hay, no obstante, que son verdaderos errores, como lo demostrará la continuación de la presente historia. Deben, en efecto, considerarse como

tales cuando traspasan los límites que pueden fácilmente defenderse, cuando se estrellan contra nacionalidades respetables y resistentes. Pero fuerza es reconocer que de todas las adquisiciones extraordinarias hechas por la Francia en aquel cuarto de siglo, la del Piamonte era la menos digna de censura. Si hubiera sido posible constituir inmediatamente la Italia, lo más sensato hubiese sido reunir la toda en una sola nación; pero por poderoso que fuera entonces el primer cónsul, no era aún bastante dueño de la Europa para arriesgarse á semejante creación. Se había visto precisado á dejar parte de la Italia al Austria, que poseía el antiguo Estado veneciano hasta el Adige, y otra á la España, que había pedido para sus dos infantes la formación del reino de Etruria. Fuéle además preciso dejar subsistir al papa por interés religioso, y á los Borbones de Nápoles por causa de la paz general. Era, pues, imposible en el momento actual organizar la Italia de una manera definitiva y completa. No podía el primer cónsul hacer más que proporcionarle un estado transitorio mejor que su estado pasado, y propio para predisponer su estado futuro. Constituyendo en su seno una república que ocupaba el centro del valle del Po, depositó en ella un germen de libertad y de independencia. Tomando el Piamonte, asegurábase en él una base sólida para combatir á los austriacos. Suscitábase á éstos rivales llamando allí á los españoles. Dejando allí al papa, procurando granjearse y tolerando á los Borbones de Nápoles, contemporizaba con la antigua política de Europa, sin sacrificar á ella la política de la Francia. En suma, cuanto actualmente hacía era un comienzo que no sólo no excluía, antes bien preparaba para más adelante un estado mejor y definitivo.

Las relaciones con la corte de Roma eran cada día más afectuosas. Oía el primer cónsul con gran complacencia las quejas del Padre Santo sobre las cosas que le apesadumbraban, pues la sensibilidad de este venerable pontífice era extremada en todo lo que concernía á los asuntos de la Iglesia. El despojo de las legaciones había cercenado mucho los recursos rentísticos de la Santa Sede. Habíala empobrecido también la abolición de una multitud de derechos percibidos en otro tiempo en Francia, abolición que amenazaba extenderse á la misma España. Quejábase de esto amargamente Pío VII no por sí mismo, pues vivía como un anacoreta, sino por su clero, á quien apenas podía mantener. Además, como los intereses espirituales eran á los ojos de este digno pontífice muy preferibles á los intereses temporales, deploraba también con dulzura, pero con vivísimo pesar, los famosos artículos orgánicos. Se recordará que el primer cónsul, después de haber pactado en un tratado hecho en Roma, calificado de Concordato, las condiciones generales del restablecimiento de los altares, dejó al cuidado de una ley todo lo relativo á la policía de los cultos. Redactó esta ley según las máximas de la antigua monarquía francesa; pero la prohibición de publicar bulas ó escritos sin permiso de la autoridad pública; la prohibición para todos los legados de la Santa Sede de ejercer sus funciones, no reconociendo antes el gobierno francés sus poderes; la jurisdicción del consejo de Estado para conocer de las apelaciones por abuso; la organización de los seminarios sometida á reglas severas; la obligación de profesar la declaración

de 1682; la introducción del divorcio en nuestras leyes; la prohibición de conferir el matrimonio religioso antes del matrimonio civil; la atribución completa y definitiva de los registros del estado civil á los magistrados municipales, eran otros tantos objetos sobre los que el papa dirigía representaciones, que oía el primer cónsul sin quererlas admitir, considerando estos objetos como reglados sabía y soberanamente por los artículos orgánicos. El papa reclamaba con perseverancia, sin querer no obstante llevar sus reclamaciones hasta un rompimiento. Finalmente, los negocios religiosos de la república italiana, la secularización de la Alemania, de cuyas resultas iba á perder la Iglesia una parte del suelo germánico, ponían en el colmo á sus pesares, y á no ser por el gozo que le causaba el restablecimiento de la ley católica en Francia, su vida, decía él mismo, hubiera sido un martirio continuado. Por lo demás, su lenguaje respiraba el más sincero afecto á la persona del primer cónsul. Éste dejaba al papa quejarse, con una paciencia extremada ajena á su carácter.

Por lo tocante al despojo de las Legaciones y al empobrecimiento de la Santa Sede, eran cosas que recordaba á menudo revolviendo un vago proyecto de acrecentar el dominio de San Pedro; mas no sabía cómo hacerlo viéndose estrechado entre la república italiana, que lejos de estar pronta á restituir las Legaciones, pedía por el contrario el ducado de Parma; la España que codiciaba este mismo ducado, y los altos protectores de la casa de Cerdeña, que querían convertirlo en indemnización de esta casa. Por eso ofrecía dinero al papa mientras pudiera mejorar su estado territorial, ofrecimiento que éste hubiera aceptado si la dignidad de la Iglesia lo permitiera. A falta de semejante recurso puso gran celo en pagar la manutención de las tropas francesas durante su travesía por los Estados romanos. Acababa de hacer evacuar á Ancona al mismo tiempo que á Otranto y todo el Mediodía de la Italia, y exigió que el gobierno napolitano evacuase á Pontecorvo y Benevento. Finalmente, en cuanto á los asuntos de Alemania, mostrábase dispuesto á defender con ciertas limitaciones al partido eclesiástico, que el partido protestante, esto es, la Prusia, quería debilitar hasta acabar con él.

A estos esfuerzos para contentar á la Santa Sede, agregaba actos de urbanidad más oficiosos. Había hecho libertar á todos los súbditos de los estados romanos detenidos en Argel, restituyéndoselos al papa, y como este príncipe soberano no poseía ni siquiera un buque para alejar de sus costas á los piratas africanos, escogió el primer cónsul en el arsenal marítimo de Tolón dos hermosos bergantines, los hizo armar por completo y decorar con lujo, y después de darles los nombres de *San Pedro* y *San Pablo*, los envió de regalo á Pío VII. Para más atención los acompañó hasta Civitavecchia una corbeta, para volver sus tripulaciones á Tolón y ahorrar al tesoro pontificio toda especie de gasto. El venerable pontífice quiso recibir á los marinos franceses en Roma, les mostró la pompa del culto católico en la gran basílica de San Pedro, y los despidió colmándolos con las humildes dádivas que le permitía hacer el estado de su hacienda.

Un deseo del primer cónsul, fogoso y rápido como todos los que concebía, acababa de suscitar con la Santa

Sede una dificultad felizmente pasajera y en breve desvanecida. Deseaba que la nueva Iglesia de Francia tuviese sus cardenales lo mismo que la antigua. En otro tiempo había llegado á haber en Francia ocho y nueve y aun diez de éstos. Hubiera deseado el primer cónsul tener á su disposición otros tantos capelos, y aún más todavía si hubiera sido posible lograrlo, por cuanto los consideraba como un medio precioso para tener influjo sobre el clero francés, codicioso de estas altas dignidades, y más aún para tenerlo sobre el sacro Colegio que elige á los papas y dirige los grandes negocios de la Iglesia. En 1789 contaba la Francia cinco cardenales: Mons. de Bernis, de la Rochefoucauld, de Lomenie, de Rohán y de Montmorency. Los tres primeros habían muerto; Mons. de Rohán había dejado de ser francés, puesto que su arzobispado se había convertido en alemán; Mons. de Montmorency era uno de los recusantes que se habían opuesto á la Santa Sede cuando la demanda de las dimisiones. El cardenal Maury, nombrado desde el año de 1789, era emigrado, y se consideraba á la sazón como enemigo. La Bélgica y la Saboya comprendían á dos; al cardenal de Frankenberg, antes arzobispo de Malinas, y al sabio Gerdil. El antiguo arzobispo de Malinas estaba separado de su sede y no trataba de volver á ella. El cardenal Gerdil había vivido siempre en Roma entregado á sus estudios teológicos, y no pertenecía á país alguno. Ni el uno ni el otro podían ser considerados como franceses.

El primer cónsul quería que se concedieran inmediatamente siete cardenales á la Francia, mucho más de lo que podía el papa conceder en la actualidad. Había, es cierto, muchos capelos vacantes, pero se aproximaba la promoción de las coronas y era preciso proveerlos. Era la promoción de las coronas una costumbre casi convertida en ley, en cuya virtud autorizaba el papa á seis potencias católicas á designar cada una un individuo á quien adjudicaba el capelo formalizada la presentación. Eran estas potencias el Austria, la Polonia, la república de Venecia, Francia, España y Portugal. Dos de ellas, que eran la Polonia y Venecia, ya no existían; pero quedaban cuatro, comprendida la Francia, y no había el número suficiente de capelos vacantes para satisfacerlas, y menos para satisfacer á la demanda del primer cónsul. Alegó el papa esta razón para negar lo que se exigía; pero imaginando ver el primer cónsul en esta resistencia á sus deseos, no sólo la dificultad del número, que era positiva, sino también el temor de mostrar demasiada condescendencia con la Francia, montó en cólera, y declaró que si se le rehusaban los capelos pedidos, se pasaría sin ellos, pero no admitiría siquiera uno, porque no sufriría que si la Iglesia francesa tenía cardenales, tuviese menos que las otras Iglesias de la cristiandad. El papa, que no quería desagradar al primer cónsul, transigió y consintió en concederle cinco cardenales; pero como faltaban capelos para cubrir aquella promoción extraordinaria y la de las coronas á un mismo tiempo, se suplicó á las cortes de Austria, España y Portugal que consintiesen en diferir sus justas pretensiones; lo que las tres hicieron con grande eficacia y premura, porque todos se mostraban solícitos á la sazón en satisfacer espontáneamente deseos que en breve fué preciso ejecutar como mandatos.

Consintió el primer cónsul en dar el capelo á monseñor Bayanne, auditor de la Rota por Francia hacia mucho tiempo y decano de este tribunal. Propuso en seguida al papa el arzobispo de París Mons. de Belloy; al abate Fesch, arzobispo de Lyon y tío suyo; á monseñor Cambaceres, hermano del segundo cónsul y arzobispo de Ruán, y finalmente á Mons. de Boisgelin, arzobispo de Tours. Bien hubiera querido añadir á estas cinco elecciones la sexta en favor del cura Bernier, obispo de Orleans, pacificador de la Vendée y principal negociador del Concordato; pero la idea de comprender en una promoción tan ruidosa á un hombre que se había hecho notar tanto en la guerra civil, era un embarazo para el primer cónsul. Franqueóse con el Padre Santo, y le rogó que decidiese inmediatamente que se adjudicaría al cura Bernier el primer capelo vacante; pero conservando esta resolución *in petto*, como dice la corte de Roma, y participando al cura Bernier la causa de esta demora. Así se hizo, y esto llegó á ser un motivo de disgusto para aquel prelado, poco recompensado aún por los servicios que prestado había. El cura Bernier estaba penetrado del buen deseo del primer cónsul con respecto á él, pero le mortificaba cruelmente esa especie de bochorno que se mostraba en declararlo públicamente: justo castigo de la guerra civil que, fuera de esto, pesaba sobre un hombre que por sus servicios merecía más que otro alguno la indulgencia del gobierno y del país.

Envió el papa á Francia á un príncipe Doria, portador de los birretes para los cardenales nuevamente elegidos. Desde este momento, revestida la Iglesia francesa con tan amplia participación de la púrpura romana, fué una de las más favorecidas y gloriosas de la cristiandad.

Faltaba organizar la Iglesia de Italia de acuerdo con el papa. Pedía el primer cónsul un Concordato para la república italiana, pero en esta ocasión no se dejó el papa vencer. La república italiana comprendía las Legaciones, y en su opinión tratar con la república de que ellas dependían, hubiera sido lo mismo que reconocer el despojo de dichas provincias. Convínose en suplir á esto por medio de una serie de breves destinados á arreglar cada asunto de un modo especial. Finalmente, Pío VII siguió de todo punto los consejos del primer cónsul en cuanto á la constitución definitiva de la orden de Malta. Habíanse reunido los prioratos en las diversas partes de Europa, con objeto de proveer sobre la elección de un nuevo gran maestre, y á fin de facilitar la elección habían convenido por esta vez en confiar al papa el cuidado de hacerla. Por consejo del primer cónsul, que deseaba organizar la orden lo más pronto posible para entregarle próximamente la isla de Malta, eligió el papa á un italiano, que fué el baile Ruspoli, príncipe romano de una gran familia. Prefería el primer cónsul un romano á un alemán ó á un napolitano. El personaje electo era, por otra parte, un hombre prudente é ilustrado, digno del honor que se le confería; pero su aceptación parecía poco probable, y para solicitarla se le escribió, ganando tiempo, á Inglaterra, donde vivía retirado.

Habían evacuado las tropas francesas á Ancona y el golfo de Tarento, y regresado á la república italiana, que debían ocupar hasta tanto que ésta tuviese un ejército formado. Trabajaban en los caminos de los Alpes

y en las fortificaciones de Alejandría, Mantua, Legnano, Verona y Peschiera. Custodiaban la Etruria seis mil hombres, mientras llegaba un cuerpo de españoles; cumplíanse, pues, por parte de la Francia todas las condiciones del tratado de Amiéns relativo á la Italia.

Mientras los ánimos comenzaban á apaciguarse en la mayor parte de los estados europeos al bienhechor influjo de la paz, en Suiza estaban muy lejos de calmarse. La población de aquellas montañas era la última en dar muestras de agitación, pero lo hacía de una manera violenta; diríase que la discordia arrojada de Francia y de Italia por el general Bonaparte, se había refugiado en las gargantas inaccesibles de los Alpes. Luchaban allí, con las denominaciones de *unitarios* y de *oligárquicos*, los dos partidos de la revolución y del antiguo régimen. Estos dos partidos, contrabalanceándose con fuerzas casi iguales, en vez de producir el equilibrio, estaban en continuas y dolorosas oscilaciones. En el espacio de diez y ocho meses ambos sucesivamente se habían apoderado del poder y le habían ejercido sin razón, sin justicia y sin humanidad. Cúmplenos exponer en pocas palabras el origen de estos partidos y su conducta desde el principio de la revolución helvética.

Componíase la Suiza antes del año 90 de trece cantones; seis democráticos: Schwitz, Uri, Unterwalden, Zug, Glaris y Apenzell; y siete oligárquicos: Berna, Soleura, Zurich, Lucerna, Friburgo, Basilea y Schaffhouse. El cantón de Neufchatel era un principado dependiente de la Prusia. La tierra de los Grisones, el Valais y Ginebra, formaban tres repúblicas aparte, aliadas de la Suiza, cada una de las cuales vivía bajo su régimen particular é independiente; pero la primera, la de los Grisones, más inclinada al Austria por su situación geográfica, y las otras dos, el Valais y Ginebra, más inclinadas á la Francia por la misma razón.

La república francesa fué la primera que alteró este estado de cosas. Para indemnizarse de la guerra, se apoderó de la tierra de Berna y del antiguo principado de Porentruy, y compuso de ambos el departamento del Monte Terrible, agregándole una parte del antiguo obispado de Basilea. Se apoderó también de Ginebra, de la cual formó el departamento del Lemán; indemnizó á la Suiza adjudicándole á los Grisones y el Valais; no obstante, se reservó en el Valais un camino militar que debía arrancar de la extremidad del lago de Ginebra hacia Villeneuve, subir por el valle del Ródano por Martigny y Sión hasta Brigg, punto donde comenzaba la célebre carretera del Simplón para desembocar sobre el lago Mayor. Después de estos cambios territoriales debidos á la república francesa, vinieron otros como consecuencia de las ideas de justicia é igualdad que el partido revolucionario quería hacer prevalecer en Suiza, á imitación de lo que se verificó en Francia el año 90.

Componían en Suiza el partido revolucionario todos los descontentos del régimen oligárquico, y estaban esparcidos, así en los cantones democráticos como en los aristocráticos, sufriendo lo mismo en unos que en otros. Así que en los pequeños cantones de Uri, Unterwalden y Schwitz, donde el pueblo entero reunido una vez al año elegía sus magistrados y residenciaba sus actos en unas cuantas horas, este sufragio universal destinado á halagar momentáneamente al vulgo ignorante y corrompido no era más que una burla. Unas cuantas familias

poderosas, enseñoreadas de todo por el tiempo y la corrupción, disponían de una manera omnívota de los negocios y de los empleos; en Schwitz, por ejemplo, la familia de Reding distribuía á su capricho los grados de un regimiento suizo que estaba al servicio de España, que era objeto de toda la solicitud de los naturales por cuanto esos grados constituían la única ambición de todos los que querían salir de pastores ó labriegos. Los pequeños cantones además tenían bajo su dependencia las bailías italianas, y las gobernaban por derecho de conquista del modo más arbitrario. Por consiguiente, estas democracias no eran otra cosa más que oligarquías, disfrazadas bajo formas populares, como llega á ser toda la democracia pura andando los tiempos; y esto explica cómo aun en los cantones democráticos había ánimos profundamente preocupados en favor del antiguo estado de cosas. Las provincias sujetas, por el estilo de las bailías italianas, aparecían en varios cantones; Berna, por ejemplo, gobernaba despiadadamente al país del Vaud y la Argovia; finalmente, en los cantones aristocráticos el paisanaje estaba excluido de los empleos. Resultó de aquí que al punto que dió la señal la entrada de los ejércitos franceses en 1798, el levantamiento fué tan rápido como general. En los cantones de provincias sujetas, las bailías oprimidas se insurreccionaron contra las capitales opresoras, y dentro de las ciudades dominadoras la clase media se levantó contra la oligarquía. De los trece cantones se quisieron formar diez y nueve, todos iguales y uniformemente administrados bajo una autoridad central calcada sobre la unidad del gobierno francés. Dominaba indudablemente al intentarlo así la necesidad de la justicia distributiva, y sobre todo la ambición de salir del estado de nulidad peculiar á los gobiernos federativos. La esperanza de figurar en la escena del mundo de una manera más visible, movía á la sazón poderosamente el corazón de los suizos envanecidos de su antigua valentía y de la importancia que en otro tiempo habían alcanzado en Europa, cansados de esa neutralidad perpetua que los condenaba á verter su sangre á merced de las potencias extrañas.

Al aplicar á la Suiza las ideas de la revolución francesa, así por la analogía de las necesidades como por espíritu de imitación, se desmembraron ciertos cantones para aumentar su número, así como por otra parte se aglomeraron varios distritos separados para formar un solo cantón. Dividióse el territorio de Berna, que con la Argovia y el país de Vaud componía la cuarta parte de la Suiza, é hicieronse de la Argovia y del Vaud dos cantones separados. Segregáronse de Uri las bailías italianas para crear con ellas el cantón del Tesino; acrecentóse el cantón de Apenzell agregándole el San-Gall, el Tokemburgo y el Rheintal; añadieronse al cantón de Glaris las bailías de Sargans, Werdemberg, Gáster, Uznach y Raperschwill. Estos aumentos concedidos á los cantones de Apenzell y de Glaris tenían por objeto destruir para siempre en ellos el antiguo régimen democrático, dándoles una extensión que le hacía imposible. Constituyéronse aquellos diez y nueve cantones bajo la dependencia de un cuerpo legislativo que les daba leyes uniformes, y de un poder ejecutivo que les hacía cumplir sin excepción de personas. Hubo además en Suiza ministros, prefectos y subprefectos.

El partido opuesto, contra el cual se dirigía toda esta uniformidad, adoptó el tema contrario y quiso un régimen federativo en su mayor exageración, con sus irregularidades más chocantes y con el aislamiento completo de los Estados confederados los unos con respecto á los otros. Queríalo así, porque á favor de estas irregularidades y de este aislamiento cada pequeña oligarquía podía recobrar su imperio. Las aristocracias de Berna, Zurich y Basilea se coligaron con la democracia de Schwitz, Uri y Unterwalden, y se comprendieron perfectamente, por cuanto en la esencia todas querían lo mismo, á saber: la dominación de ciertas familias poderosas, así en los pequeños cantones montuosos como en las ciudades más opulentas. Tomaron los unos el nombre de *oligárquicos*; los otros, que buscaban la justicia y la igualdad en la uniformidad del gobierno, recibieron el nombre de *unitarios*. Disputábanse el mando ambos partidos hacía ya muchos años, sin haber podido jamás introducir en la malhadada Suiza la menor estabilidad y moderación. Habíanse sucedido en aquella tierra las constituciones con la misma rapidez que en Francia, y en la actualidad todo estaba en movimiento para abortar otra nueva.

Agravaba mucho las turbulencias de la Suiza la disposición de los partidos á buscar arrimo en los extraños, cosa que siempre sucede en todo país demasiado débil para no depender de nadie, y demasiado importante por su posición geográfica para que le miren sus vecinos con ojo indiferente. El partido oligárquico, que tenía numerosas relaciones en Viena, en Londres, y aun en el mismo San Petersburgo, donde el coronel suizo Laharpe había formado el corazón y la inteligencia del joven emperador, no se daba reposo en repetir ahincadamente sus instancias en todas estas cortes: suplicábalas que no tolerasen que la Francia, consolidado en Suiza el régimen revolucionario, sometiese á su influencia una región que militarmente considerada era la más importante del continente. También tenía poderosas relaciones en Inglaterra. Los propietarios de Berna y de otras varias ciudades soberanas tenían impuesto el capital de sus economías municipales en el Banco de Londres, conducta que por otra parte les hacía honor, por cuanto al paso que las ciudades libres estaban abrumadas de deudas en toda Europa, y más particularmente en Alemania, las ciudades de la Suiza habían acumulado sumas considerables. El gobierno inglés, so pretexto de la ocupación francesa, se había apoderado sin escrúpulo de los fondos impuestos, y aunque se había celebrado la paz, aún no los había restituido. Los oligárquicos de Berna le suplicaban que ya que no acudiese á socorrerlos, retuviese por lo menos los capitales que habían entregado al Banco de Londres. Habían depositado en éste cerca de diez millones de francos y dos en el de Viena.

El partido revolucionario buscaba igualmente arrimo en la Francia y fácil era hallarlo, puesto que los ejércitos franceses no habían cesado de ocupar el territorio helvético. Pero semejante ocupación no podía durar largo tiempo; había que evacuar en breve la Suiza, lo mismo que se había evacuado la Italia. Aun cuando la obligación de evacuar la una no hubiera sido estipulada con tanta formalidad como la de evacuar la otra, no obstante, garantizando el tratado de Luneville la inde-

pendencia de la Suiza, podía considerarse la ejecución de los tratados como imperfecta y la paz como incierta, mientras no se retirasen nuestras tropas. Por esta razón fijaban particularmente sus miradas en la Suiza los observadores políticos: en la Suiza, que se conmovía, y en la Alemania, donde se repartían los territorios eclesiásticos para ver si el ensayo de pacificación general que en aquel momento se intentaba sería duradero. El primer cónsul estaba firmemente resuelto á no comprometer la paz con motivo de lo que así en uno como en otro país ocurría, á no ser que la contrarrevolución, que no consentía se propagase á ninguna de las fronteras de Francia, tratase de levantar cabeza en medio de los Alpes. Fácil le hubiera sido hacerse reconocer por legislador de la Helvecia, así como lo había sido de la república italiana; pero tal efecto había producido la *Consulta de Lyon* en Europa, y principalmente en Inglaterra, que no osaba representar dos veces la misma escena. Limitábase por lo tanto á sabios consejos, que aunque escuchados eran poco seguidos, á pesar de la presencia de nuestras tropas.

Aconsejaba á los suizos que renunciasen á la quimera de la unidad absoluta, unidad imposible en un país tan cortado como el suyo, que los pequeños cantones no podían soportar por no poder pagar impuestos considerables como Berna ó Basilea, ni plegarse al yugo de una regla común. Aconsejábales que creasen un gobierno central para los asuntos exteriores de la confederación, y que en cuanto á los negocios interiores, dejasen á los gobiernos locales el cuidado de organizarse según el suelo, las costumbres y el espíritu de los habitantes. Les aconsejaba que tomasen de la revolución francesa lo bueno y lo incontestablemente útil, como la igualdad entre los ciudadanos de todas las clases, la igualdad entre todas las partes del territorio; que dejaran separadas unas de otras las provincias incompatibles, tales como Vaud, Berna, las baillías italianas y Uri; pero que renunciasen á ciertas aglomeraciones de territorio que desnaturalizaban á muchos cantones pequeños, como los de Apenzell y de Glaris; que pusieran término en las grandes ciudades á la dominación alternativa de la oligarquía y del populacho, estableciendo por fin el gobierno de la clase media sin exclusión sistemática de personas; y finalmente, que imitasen esa política de transacción con todos los partidos á que debía su reposo la Francia.

Estos consejos, comprendidos por los hombres ilustrados, y desoídos por los hombres de partido que constituyen siempre el mayor número, quedaron sin efecto; no obstante, como tendían á moderar un tanto la revolución, la facción oligárquica, á la sazón oprimida, los acogía con placer, alimentándose de ilusiones, lo mismo que hacían en París ciertos emigrados franceses, creyendo que porque era moderado quería el primer cónsul restablecer el antiguo régimen.

Complicaba asaz gravemente esta situación una mera cuestión del territorio. Confundidas en cierto modo durante la revolución, la Suiza y la Francia habían pasado del sistema de neutralidad al de alianza ofensiva y defensiva. Según este sistema, no se había titubeado en conceder á la Francia, por el tratado de 1798, el camino militar de Valais que terminaba en la falda del Simplón. Al celebrarse los últimos tratados, no se atre-

vió la Europa á reclamar contra este estado de cosas, resultado de una prolongada guerra, y se limitó solamente á estipular la independencia de la Suiza. El primer cónsul, que prefería por sistema la neutralidad de la Suiza á su alianza, se proponía disfrutar del camino del Simplón sin verse reducido á servir del territorio helvético, lo cual era incompatible con la neutralidad, é imaginó para esto hacerse adjudicar la propiedad del Valais. La exigencia no era desmedida, puesto que la Francia era la que había dado á la Suiza el Valais antes independiente; además tampoco el primer cónsul le pedía sin compensación, puesto que ofrecía en cambio una provincia que el Austria le había cedido por el tratado de Luneville, cual era el Frickthal, pequeño territorio muy importante como frontera, atravesado por el camino de la Suabia, y que se extendía desde la confluencia del Aar con el Rhin, hasta el límite del cantón de Basilea, ligando por consiguiente este cantón con la Suiza. Este pequeño país, frontero á la Selva Negra, tenía, además de su propio valor, un valor de conveniencia muy considerable. Merced á este cambio, la Francia, propietaria del Valais, no necesitaba más del territorio helvético para el paso de sus ejércitos, y el sistema de la alianza podía volver al sistema de la neutralidad. Los suizos, así los unitarios como los oligárquicos, declamaban sobre este asunto mancomunados en intereses. No querían á ningún precio ceder el Valais por el Frickthal; pedían otras concesiones de territorio á lo largo del Jura, especialmente el país de Berna, el Erguel y algunas porciones segregadas del Porentruy. Equivalía esto á entregarles una parte no insignificante del departamento del Monte Terrible; pero aun bajo estas condiciones les repugnaba todavía ceder el Valais, y como los intereses llamados generales suelen ocultar á menudo intereses particularísimos, los pequeños cantones, temerosos de la rivalidad que el camino del Simplón iba á suscitar contra el del San Gotardo, intrigaban cuanto podían para que se desechase el cambio propuesto. El primer cónsul había hecho ocupar provisionalmente el Valais por tres batallones, sin querer por lo demás decidirse á cosa alguna hasta que se verificase el arreglo general de los negocios helvéticos.

Mientras se organizaba definitivamente la Suiza, se formó un gobierno temporal, compuesto de un consejo ejecutivo y un cuerpo legislativo poco numeroso. Redactáronse diversos proyectos de Constitución, y sometieron secretamente á la aprobación del primer cónsul. Dió éste la preferencia á uno que le pareció concebido con miras de prudencia, y le volvió á mandar á Berna con una especie de recomendación. El gobierno provisional, compuesto también de patriotas moderados, adoptó aquella Constitución, y la presentó á la aprobación de una Dieta general. Contaba en esta Dieta el partido unitario exaltado con la considerable mayoría de cincuenta votos entre ochenta; declaró en breve á la Dieta constituyente, redactó otro proyecto con ideas de unidad absoluta, y afectando desafiar á la misma Francia, proclamó al Valais parte integrante del suelo de la Confederación helvética. Retiráronse los representantes de los pequeños cantones, declarando que jamás se someterían á semejante Constitución.

Viendo esto los patriotas moderados apoderados del gobierno provisional, se concertaron con el ministro de

Francia Verninac, y expidieron un decreto disolviendo la Dieta por haberse excedido en el uso de sus poderes y haberse hecho asamblea constituyente no estando llamada á serlo. Pusieron por su propia autoridad en vigor la nueva Constitución de 29 de mayo de 1801, y procedieron á la elección de las autoridades instituidas en ella; eran estas autoridades el senado, el pequeño consejo y el landamán. El senado se componía de veinticinco individuos; nombraba al pequeño consejo que se componía de siete, y al landamán, que era el jefe de la república. No se limitaba el senado á nombrar estas dos autoridades, sino que también las aconsejaba. Como los patriotas moderados tenían que habérselas con los unitarios exaltados á quienes se acababa de dispersar disolviendo la Dieta, no tuvieron más remedio que contemporizar con el partido contrario de los oligárquicos. Eligieron de su seno á los más sensatos para agregárselos, y los incluyeron en el senado. Mezcláronlos con los revolucionarios, de modo que estos últimos conservasen mayoría; pero en su exasperación rehusaron sus cargos cinco de los revolucionarios elegidos, y la mayoría se vió de repente trocada de una manera tanto más enojosa, por cuanto el senado, una vez constituido, debía completarse por sí mismo. Completóse en efecto, y fué en el sentido de los oligárquicos; de modo que cuando hubo que nombrar al landamán y optar entre los candidatos, Reding que era el caudillo de los oligárquicos, y Dólder que lo era de los revolucionarios moderados, salió nombrado Reding por un voto de ventaja. Era Dólder hombre juicioso y capaz, pero de poca energía; Reding, por el contrario, era un antiguo oficial, poco ilustrado, pero enérgico, que había servido en las tropas suizas á potencias extranjeras y hecho con inteligencia la guerra de las montañas contra el ejército francés en 1798. Era natural del pequeño cantón de Schwitz, y cabeza de una familia privilegiada que disponía de todos los grados en el regimiento de Reding. Todos los oligárquicos de la Suiza reconocían á esta especie de caudillo de tribu, y tenían puesta en él su confianza. A pesar de su natural rusticidad, no carecía Reding de cierta astucia y finura. Lisonjeábale su nueva dignidad, y ponía empeño en conservarla. Sabía que no podía conseguirlo por mucho tiempo contra la voluntad de la Francia. De acuerdo con los suyos ocurriósele trasladarse de repente á París para tratar de persuadir al primer cónsul que el partido de los oligárquicos era el partido de los hombres de bien, que era preciso tolerarle en el poder, permitir que procediese con arreglo á su voluntad, y que con estas condiciones tendría la Francia en la Suiza una adicta fiel y celosa. Recibió el primer cónsul á Reding con miramiento, y le oyó con cierta atención. Reding por su parte afectó parecer libre de toda preocupación, y más militar que oligárquico; mostróse como lisonjeado de tratar con el primer general de los tiempos modernos, y dispuesto como él á prescindir de las mezquinas pasiones del partido. Ofreció diversas transacciones, admisibles siempre que la conducta futura correspondiese con las promesas. Según éstas, el senado debía componerse de treinta individuos, eligiéndose exclusivamente entre los patriotas los cinco nuevos miembros. Debía igualmente elegirse entre ellos un segundo landamán que alternase con el primero en el ejercicio del